

# *La espina*, de Alejandro Carrión: cuando la literatura se transforma en un factor de resiliencia

*David Choin y Fátima Alfonso Pinto*

Universidad Nacional de Educación (Ecuador)

**Abstracto:** Este artículo crea un diálogo entre la literatura y la psicología con un enfoque en la problemática social de la violencia intrafamiliar. Mediante el análisis de *La espina*, de Alejandro Carrión, se muestra que la literatura tiene un poder transformador de realidades. Una de las funciones de la narración es la performativa y, por tanto, las confesiones del protagonista de la novela contribuyen a liberarlo y sanarlo. De esta manera, tanto la lectura como la escritura se convierten en una potencial fuerza de resiliencia para las víctimas de maltrato y violencia intrafamiliar.

**Palabras clave:** violencia infantojuvenil – literatura ecuatoriana – Alejandro Carrión – *La espina* – resiliencia

 El fenómeno de la violencia familiar siempre ha existido, aunque la desprotección de la infancia solo fue reconocida por la sociedad occidental a partir de la segunda mitad del siglo XIX gracias a las investigaciones de Ambroise Tardieu, pionero en el estudio del maltrato infantil. Un siglo después, en el año 1961, el médico estadounidense Henry Kempe fue el primero en probar la existencia de maltrato físico en Estados Unidos con su teoría del “síndrome del niño golpeado” (Barudy, *El dolor*, 31). Asimismo, el desarrollo del movimiento feminista a inicios de los años 70 y el consecuente interés en las poblaciones más vulnerables ampliaron paulatinamente el punto de mira de la violencia hacia niños y ancianos (Corsi, “Una mirada”, 16), apuntando a un grave problema social, puesto que se estima que “alrededor del 50% de las familias sufre o ha sufrido alguna forma de violencia” (Corsi, “Una mirada”, 31). Es decir, que las estructuras sociales más importantes en el desarrollo del niño y del adolescente (familia, escuela, etc.) producen abusos y violencia cuando, por el contrario, deberían ser los sistemas humanos más seguros. La familia es, en especial, “un entorno potencialmente patógeno en el cual también se pueden violar los derechos humanos, en el que se puede experimentar miedo e inseguridad y en el que se aprenden todas las variaciones de resolución violenta de conflictos interpersonales” (Corsi, *Maltrato*, 23).

La violencia infantojuvenil, como demostró el doctor Jorge Barudy en su obra *El dolor invisible de la infancia: una lectura ecosistemática del maltrato infantil* (1998), es un constructo cultural que envuelve a todas las esferas sociales: al individuo, a su familia y a su entorno sociocultural. Los malos tratos infantiles, junto con los de género, son una de las expresiones más trágicas de la violencia humana. En este marco, la violencia es un método de control que se fundamenta en relaciones de dominación ejercidas en todos los ámbitos públicos —escuela, lugares de ocio, instituciones estatales y regionales— y privados —hogar—, sobre los seres más débiles e indefensos. Estos tienen que aguantar maltrato físico, psicológico, abuso sexual, acoso, intimidaciones y castigos humillantes que numerosos estudios e investigaciones cuantifican.

El doctor Jorge Barudy, en su artículo “El papel de los profesores en el apoyo de los niños y niñas víctimas de malos tratos” (2001), señala que las razones de ser de la violencia humana radican en el fracaso de dos capacidades inherentes a los seres humanos:

- a) la capacidad de vincularse afectivamente con los demás para participar en procesos de cuidados mutuos y buenos tratos.
- b) la capacidad de pensar y de expresar lo pensado a través de las palabras<sup>1</sup>.

Además, existe en los sistemas humanos un imaginario social que permite a quien abusa y maltrata justificar o mistificar el abuso de poder y la violencia sobre sus víctimas. En “Una mirada abarcativa”, Jorge Corsi apunta que convenía revisar ciertos estereotipos culturales: la violencia familiar es escasa, es producto de alguna enfermedad; se da en las clases sociales bajas; el consumo de alcohol o droga es la causa de las conductas violentas; las víctimas de maltrato han hecho algo que justifique la conducta violenta; la conducta violenta no es innata; estos asuntos son de orden privado y nadie se debe inmiscuir (36-39). Estos mitos intentan justificar la violencia con parámetros objetivos cuando esta depende, en realidad, de muchos factores subjetivos y de la comunicación humana. Son justificaciones que solo buscan eludir la responsabilidad de sus ejecutores, culpabilizando a las víctimas, lo cual les impide curarse.

En el arte se refleja la sociedad y sus estructuras macro y microsistémicas que, a menudo, transmiten la legitimidad de una organización patriarcal, valorizan los mecanismos de control humano y mitifican la violencia, creando contramodelos que los ciudadanos son incapaces de discernir y analizar críticamente. Esta reflexión, al hacer dialogar la literatura con la psicología, se concibe como un aporte a otras iniciativas de estudio de la violencia infantil, puesto que por medio de la literatura tenemos la

---

<sup>1</sup> Jorge Barudy, “El papel de los profesores en el apoyo de los niños y niñas víctimas de malos tratos”, texto de la conferencia leída en las primeras jornadas de trabajo sobre “El tratamiento familiar en situaciones de malos tratos y abuso en la infancia”, Mallorca, España, 22 y 23 de noviembre de 2001.

posibilidad de rescatar a los seres humanos de una sociedad que apunta cada vez más hacia la masificación, la desensibilización de las personas, el individualismo y la banalización de la crueldad. Este artículo pretende mostrar que la lectura y la escritura se convierten en una potencial fuerza de resiliencia<sup>2</sup> para las víctimas de maltrato y violencia intrafamiliar.

Si bien es cierto que desde la antigüedad griega se alababa el poder curador de la palabra y que Gotze ideó la biblioteca para enfermos en el siglo XVIII, la verbalización como herramienta terapéutica solo fue reconocida en el siglo XX con la aparición de la Biblioterapia, la Logoterapia (Lukas, 2003 y 2004) y la “Terapia del diario” o “Terapia de escritura expresiva”. Fue en el ámbito anglosajón donde se desarrollaron las primeras teorías conocidas como *writing cure*, *expressive writing*, *written emotional expression*, o *therapeutic writing*. El pionero de estas investigaciones, James W. Pennebaker, probó en 1983 que escribir sobre hechos, situaciones y sentimientos traumáticos mejora sustancialmente la salud mental y física de los pacientes al estabilizar su equilibrio emocional y reducir su estrés (Pennebaker y Beall 1986; Pennebaker, 1997). Otros científicos llegaron a la conclusión de que la escritura terapéutica contribuye a reactivar las relaciones sociales y reforzar las funciones de rol (De Salvo; Androsoupoulou; Penn; Lepore y Smith; Bruder, 2003 y 2004). Estas indagaciones científicas realizadas a través de investigaciones y estudios clínicos coinciden en que, mediante la escritura, se ordenan los traumas, sacándolos tanto del consciente como del subconsciente, lo que facilita entenderlo y sobreponerse a él. Así, como se ha dicho, se recobra el equilibrio emocional y se reduce el estrés, mejorando la salud y la calidad de vida.

Al querer establecer un diálogo entre el arte y la psicología con un enfoque en la problemática social de la violencia intrafamiliar, en la literatura se impone la necesidad de acotar el universo de estudio. Por lo tanto, optamos por centrarnos en la obra del escritor ecuatoriano Alejandro Carrión (1915-1992) y, más específicamente, en la violencia intrafamiliar ficcionalizada de *La espina* (1959).

*La espina* es un relato autobiográfico estructurado en doce capítulos con un prólogo redactado por Lázaro Bonfín, un comerciante de muebles coloniales que dice haber encontrado tres cuadernillos con pastas de cuero en un escritorio que le compró a un abogado lojano muerto (Darío Nicolás Saralear) y cuyo heredero iba a abandonar Ecuador.

La vida de Darío Nicolás Saralear, eje central de este artículo, es uno de los caminos posibles para entender una sociedad aquejada por una violencia cada vez más sistemática, ruda y desafortada. Cinco núcleos temáticos integran la novela: la saga de la familia de Saralear, la historia de la madre, la del padre biológico y el adoptivo, los acontecimientos traumáticos sufridos durante la infancia y adolescencia y, finalmente, el

---

<sup>2</sup> Según Boris Cyrulnik, la resiliencia es la “resistencia al sufrimiento, que señala tanto la capacidad de resistir las magulladuras de la herida psicológica como el impulso de reparación psíquica que nace de esa resistencia”. En *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida* (23).

relato de sus primeras experiencias sexuales. El descubridor del manuscrito, Lázaro Bonfín, dice que estos cuadernos contienen “mensajes dignos de ser escuchados” (35-36). En efecto, *La espina* es el relato de un ser humano inerte, cuya vida ha estado marcada por la violencia, el maltrato, la negligencia familiar y la inacción de los conocidos de la familia.

Al leer la novela vemos que, desafortunadamente, Darío Nicolás Saralear no conoció este entorno ideal en su infancia, lo que provocó que se aislara cada vez más de los otros hasta llegar a una situación de extrema soledad:

Nací desamparado, en circunstancias dudosas y me criaron manos sin amor, o con poco amor, que es peor. Jamás le pertencí a nadie: nadie, tampoco, me perteneció....

En el fondo, mi pecado es el haberme encerrado en mí mismo por miedo y por tacañería. Pero, ¿qué podía hacer, sí, Dios mío, qué podía hacer si nadie me miró ni me dio la mano, si solamente conocí el abandono? (37-38)

Es evidente que Darío no siente ninguna adscripción afectiva ni sentimiento de pertenencia a nadie ni a nada. Huérfano de madre, que murió al darle a luz, e ignorado por su padre por culparle de haber matado a su único amor, Darío vive en un hogar disfuncional compuesto por el padre biológico, su conviviente, una tía y dos hermanos mayores. Estos no tienen buena relación con la nueva pareja y saben que su padre es alcohólico y que le pega a su mujer: todas las noches asisten al mismo espectáculo de golpes y relaciones sexuales indeseadas o envueltas en violencia y sadismo. En este contexto de abandono pasivo, Darío fue víctima de la dictadura familiar de su “tía” Rigoberta; se crio en un ambiente hostil, sin amor y deshumanizado:

Para mí la infancia es una larga sucesión de abandonos y de ofensas, está llena de odio y angustioso desamor .... Esa mujer soltera y cincuentona que me crio, me pisoteaba. Varios seres crueles, mis hermanos entre ellos, me pisoteaban todos los días. Ellos más que nadie. Y en la escuela me pisoteaban todos. Yo estaba habituado a ello, no me extrañaba, pero cada vez se me hacían más amargos. (41- 42)

A modo de ejemplo, el día a día de Darío se resumía en una cadena de maltratos psicológico-físicos y de castigos inhumanos. La violencia de la tía es el resultado del fallo y desacierto en los rituales humanos encargados de manejar la agresividad dentro de la familia. Evidentemente, toda esta crueldad desencadenó secuelas traumáticas en Darío: autoestima baja, sentimientos de inferioridad e inadecuación y tristeza crónica. En consecuencia, se vio en la obligación de utilizar mecanismos adaptativos a esta situación

de maltrato continuado. Uno de ellos fue el orinarse en la cama cada noche hasta los doce años (comportamiento regresivo):

Todos los niños desdichados, todos, sin excepción alguna, se orinan en la cama. Es la suma de su desdicha, degradante, helada, maloliente. Nada hay tan desvalido como un niño empapado en orinas, carcomido por la vergüenza, por el frío, por el olor pungente .... Como es natural me empapaba todas las noches. (47)

Es muy interesante este párrafo, ya que ilustra la asociación que hace Darío entre su estado anímico y su respuesta física. No obstante, es probable que desde la posición de un niño maltratado no entendiera por qué le ocurría algo así. Esos comentarios los hace desde su perspectiva de adulto, desde su presente hacia su pasado y, sobre todo, gracias a la función performativa de la escritura.

Según los postulados de John Langshaw Austin (1962), la función de la narración es performativa, es decir que implica una acción (la escritura) que retrata una realidad personal (abuso, maltrato, vejaciones, humillaciones, etc.). La enunciación sirve para modificar lo real, construyendo así el sujeto una nueva identidad con las palabras. Esta realización (*performance*) se vincula con el doble proceso de definirse y, asimismo, acercar su testimonio y condición hacia la esfera social pública. Lo performativo, o realizativo, retomando el término acuñado por Austin, es la constitución de formas de socialización y de subjetividad y, por consiguiente, de relación con los demás.

En este sentido, la autoconfesión del Darío adulto es el resultado de la reflexión introspectiva que es posible debido a la verbalización escrita como mecanismo de cura y reparación. Como se ha visto en la última cita de la novela, el maltrato provoca una respuesta fisiológica que agrava los malos tratos de la tía Rigoberta hacia el sobrino y establece una especie de ritual que se repite de forma continuada:

‘Ya se ha de haber miado este cochino’. Ése era mis buenos días. Venía después el alzar la frazada, el dejarme desnudo, el traer la correa. ‘Toma tu desayuno, puerco, toma’, gritaba mientras me zurraba. Y luego, en tanto hervía el agua de panela con hoja de naranja en el brasero, me insultaba a gritos. Así comenzaban los días, así eran sus primeras horas .... Por la mañana, sobre la grasa hedionda y la piel mordida por la orina, caía la correa. (47)

Además de la humillación psicológica que supone el orinarse, el no poder controlarse, la tía no solo no lo cuida ni lo protege, sino que, encima, lo castiga a correazos con la anuencia de hermanos y vecinos, reforzando el sentimiento de deshumanización del niño que se autocalifica como “un cochino mión” (48) o “una pequeña y repugnante bestia doméstica” (43).

Como explica Jorge Barudy, el niño víctima, tras aceptar la violencia, aprende a aguantar y a no reaccionar, normalizando su impotencia, otro componente siempre presente en las situaciones de maltrato:

El niño víctima de maltrato está sumergido en una vivencia de impotencia casi permanente, porque está completamente en manos de su agresor y a menudo sin la protección de otro. La indiferencia de otros adultos, vecinos y/o profesores que no hacen nada por cambiar la situación le encierra aún más en esa situación de impotencia. (*El dolor*, 153)

En el caso de Darío, esos parámetros se repiten inexorablemente, a pesar de que en alguna ocasión trate de rebelarse y de atacar a su verdugo, aún a riesgo de incrementar la dureza del castigo: “Tía, tenga cuidado, cualquier día se masca la punta de la nariz’, le dije una vez, para conseguirme tres días de encierro, entre telas de araña y cucarachas” (42).

Es probable que el hecho de que la tía tenga ese comportamiento brutal hacia él haya desarrollado en Darío una animadversión hacia las mujeres. Por otra parte, la actitud depredadora de Darío respecto a las chicas puede proceder de la suma del trato de su tía y de la falta de un modelo de apego familiar. Por ello, el concepto que él tiene de las mujeres es el resultado de lo que observa en su entorno: su madre muerta, con fama de haber tenido muchos amantes; la bizca Albertina, apodada “la puerca”, que es la conviviente de su padre, a quien este golpea y considera un objeto sexual; y, en último lugar, la tía Rigoberta, la solterona que nunca interactúa con hombres. Es en este contexto en el que Darío, a los doce años, cometió su primer abuso sexual sobre la Michita, la criada de trece años de doña Venecia, la vecina:

Durmió la Michita... La luz, que provenía de la pequeña lámpara siempre ardiendo entre el altar de la Santísima Virgen de El Cisne y el señor de Gonzanamá, me permitía ver bastante. Y así, cuando ella se dio una vuelta brusca, y las cobijas se cayeron, pude ver sus nalgas desnudas, redondísimas, sonrosadas, y su cinturita. Y cuando ese lindo espectáculo se entregó a mis pobres ojos, ya nada pudo retenerme en la cama. Salté silenciosa, felinamente. No sabía qué iba a hacer; tenía doce años, ante mí estaba dormida una niña desnuda de mi edad. Me acerqué a la cama ... Luego, mi mano se adelantó sola y se hundió entre las nalgas rosadas, redonditas; y se paseó por todo aquel misterioso pasaje cálido, tan infinitamente cálido, que parecía arder. (194-195)

Al día siguiente, Darío siente remordimientos por haber manoseado a la chica y por haberse masturbado por primera vez, pero, al mismo tiempo, siente “el orgullo de ser

un poco menos niño y un poco más hombre” (195). Darío no respeta el cuerpo de las mujeres; solo cede a sus instintos y pulsiones reproduciendo así lo que conoce, los actos sórdidos de su padre con la bizca Albertina:

todas las noches llegaba ebrio, entraba ruidosamente, y se ponía a pelear con la tipa indecente. Y tras la pelea ‘de boca’, le administraba una soberana paliza, y tras la paliza, cuando ella estaba aún llorando a gritos, insultándola, la derribaba y la poseía ruidosamente. Muchas veces no cerraba siquiera la puerta, y nosotros, llevados de la curiosidad, contemplábamos la inmunda escena en todos sus detalles. (169)

Al igual que su padre, Darío utiliza el sexo como un instrumento de dominación, que es el único que le permite salir de su soledad, dado que es incapaz de utilizar los rituales verbales en los momentos oportunos. Por lo tanto, actúa conforme a códigos de comportamiento interiorizados por la observación de su entorno<sup>3</sup>, que solo le dictan pasar a los hechos. Como indica Barudy, estos individuos “desconectados de sus mundos emocionales, se refugian en sus mecanismos de racionalización y utilizan el sexo y la sexualidad como instrumentos de dominación y prueba de su virilidad” (Barudy, *El dolor*, 219). Los abusos sexuales pueden ser comprendidos como “un ‘ritual’ perverso y abusivo que tiene por función ‘salvar’ la pseudoidentidad del sujeto, en peligro por su incapacidad para hacer frente a las dificultades de la vida cotidiana” (*El dolor*, 220).

A esta cadena de abusos sexuales y atropellos diarios a la dignidad humana se suma la costumbre de los hermanos de Darío de acostarse con la conviviente de su padre:

Cuando Ricaurte estaba fuera de casa, para lo cual volvían subrepticamente de la oficina, encontrando a la sucia individua siempre lista y voluntaria: tal costumbre, que la Rigoberta puso en conocimiento del boticario, valió para la tipa una soberana paliza, de las de ocho días de deshinche. (160)

Esta conducta diaria de los hombres de su casa le impidió integrar las reglas sociales de respeto a la intimidad personal y al cuerpo del otro.

Si en su primera experiencia sexual Darío es el agresor, en la segunda pasa a ser la víctima en el encuentro de una brigada de boy-scouts de la que formaba parte:

---

<sup>3</sup> Esto tiene relación con la teoría de Albert Bandura acerca del aprendizaje social referenciado en la bibliografía.

Yo dormía hondamente, cuando sentí que unos brazos me estrechaban con ternura, llena, no de ansiedad, sino de poderosa voluntad de posesión ... Todo mi ser entró en una espera temblorosa, la de quien está parado al borde de lo desconocido; ... un ser indignado rugía dentro de mí inconfundiblemente que aquello era nefando y que hería y destruía mi dignidad de hombre; pero algo más fuerte me decía ‘¡Espera!’; me empujaba: ‘¡Ansia!’’. Y, mientras, me achicaba, me reducía, me replegaba en mí mismo, esperando que él, el grande, el poderoso, el dueño, actuara ... De pronto, una voz carísima gritó: ‘¡Muchachos: la hora! ¡En piel!’’. A ello siguió el despertar general. El hombre de la noche me soltó bruscamente ... Cuando me cogió de los hombros, y volvió mi cara a la suya, y dijo: ‘¡Muchacho, tú ángel de la guarda te ha protegido!’’, entonces pude ver que era uno de los bedeles, un muchacho alto, cuyas ojeras profundas hacían pensar en una vida algo desarreglada. (197-198)

Al ser un niño solitario, con baja autoestima, Darío no solo es incapaz de comprender lo que ocurre, sino que, además, se siente culpable: “Dentro de mí se ordenaban los confusos acontecimientos, y un tremendo pecado comenzaba a pesarme, a oprimirme, a lastimarme, porque esa noche el destino me había puesto frente a lo torcido, a lo inconfesable, a lo oscuro y turbio” (199).

Indudablemente confundido por esta experiencia desconcertante para un niño de trece años, Darío siguió envuelto en el torbellino destructor del sexo sin reglas. En el transcurso de un viaje a la hacienda del hermano de la tía Rigoberta, en Gonzanamá, se fijó en tres muchachas y una cocinera. Por la noche, actuó como si fuera un depredador:

Cuando me acosté y apagaron la luz, me quedé despierto y encogido, oyendo la orquesta de respiraciones y hasta que el sueño viniese, me puse a identificarlas. En ello estaba, cuando hube de extenderme inconscientemente; al hacerlo, toqué con mis pies los de la moza gorda, la cocinera. Los retiré en seguida, pero como ella no se diese por tocada, y continuase roncando, aventuré mi pie derecho: toqué su tobillo y lo fui subiendo lentamente; mi carne se alarmó, todo mi sexo se tendió hacia esa hembra ....

Lo olvidé todo, inclusive el riesgo de que la mujer gritase, inclusive el escándalo que, en tal caso, se produciría en ese dormitorio. La poseí torpemente y el oír a esa hembra semidormida preguntar bajito: ‘¿Quién sois? ¿Quién sois?’’, me llenaba hasta más allá de mi última medida. ¿Gozar? ¿Quién puede decir que esa sucia y apresurada aventura hubiese sido un goce? ¡Fue una porquería! Cuando se abrieron las llaves de mi

semilla, volví a mi sitio. La mujer se dio vuelta y al minuto estuvo ya roncando. (208-209)

Esas experiencias sexuales clavaron una nueva espina en el corazón de Darío por la repulsión que le provoca el coito:

¿Esa porquería, eso era todo, eso era el amor? ... ¿Por ese espasmo húmedo y hediondo los hombres se arriesgaban? Toda mi alma vomitaba, todo mi corazón escupía, todo yo gritaba ¡puaf! Y una vergüenza mayor que la noche inmensa, que el asco infinito, que la desilusión, que el desconcierto, una vergüenza más grande que la vida me empujaba, para siempre, al fondo del pozo, y un pie como una montaña me pisaba en la nuca y aplanaba mi rostro contra la tierra inmunda. (209)

Hasta ese momento de la narración se ha presentado a un Darío Nicolás Saralear, por un lado, impotente ante la violencia desatada de su tía y sus hermanos, magullado por el desinterés manifiesto de su padre hacia él y, por otro, como un ser incapaz de tener relaciones sexuales sanas y basadas en la confianza. Por lo tanto, podríamos decir que el ciclo transgeneracional de maltrato enunciado por Jorge Barudy (1998) se verifica en Saralear.

Ya en la madurez, Darío confiesa que es incapaz de amar y cuidar a su mujer e hijo, por los que siente un rechazo profundo:

Demás está decir que nadie me ama. Lo siento aún en mi hijo, en el pobre huérfano, a quien, en la noche, a veces, oigo sollozar, que se está criando tan solitario como yo, y al que probablemente le espere una vida como la mía. Pero, ¿qué otra vida podría darle? Nadie da sino lo que tiene, y yo solamente tengo soledad y abandono ... A ella también le di solo frío, soledad, abandono. Nunca pude hacerla mía del todo, nunca la tuve cerca de mi corazón, nunca nació entre nosotros una verdadera intimidad, nunca nos fundimos en un solo ser como Dios ha dispuesto que se fundan los que se aman. Pero, ¿cómo iba a fundirme con ella, si solamente soledad había aprendido? ¿Cómo iba a saber acompañar a alguien, yo, que solamente sé ser solitario? (39)

Aunque el protagonista sea incapaz de darle afecto a su hijo, afecto del que siempre careció y que tanto echaba de menos en los momentos más estresantes y apremiantes que le tocaron vivir, logró romper la cadena de victimarios al interrumpir el esquema niño maltratado-padre violento. Como vemos, el sufrimiento de Darío Nicolás Saralear se verbaliza y, por lo tanto, se reconoce socialmente como una víctima, capaz, por

medio de la palabra, de liberarse y desinhibirse. El resultado es positivo porque, gracias a la escritura, muestra por primera vez en su vida una señal de apego mediante el reconocimiento paternal y la utilización del artículo posesivo: “¡Un zombi! ¡Un zombi! En eso te transformó la vida, negro Ricaurte, *padre mío*. Nunca te di este título, que tú jamás me pediste cuando el poder dártelo me hubiese sanado” (175).

Las confesiones de Saralear afloran en varios niveles de desnudamiento de la realidad, dado que le permite al protagonista comprender sus pérdidas y situarlas en un campo simbólico sanador, aunque quede para siempre un vacío en su alma. Darío es consciente del poder curativo de la escritura y así lo afirma al inicio de la novela: “Tengo la impresión de que, si la escribo [mi vida], si la pongo aquí, desnuda, en toda su deforme desnudez, me libtaré de la soledad de la angustia, y de este remordimiento, que es mi peor llaga” (37).

Cuando alguien renuncia a vivir y se suma a un proceso de autoaniquilación necesita tener proyectos en mente (Cyrułnik). Estas confesiones son la oportunidad idónea para alejarse del pasado traumático y modificar la emoción negativa asociada con los recuerdos. Con la tarea de remembranza y el consecuente trabajo verbal, las heridas se vuelven cicatrices y el combate solitario se trasmuta en esperanza y deseo de “metamorfosar el dolor del momento para hacer de él un recuerdo glorioso o divertido” (Cyrułnik 31). Desde el instante en que Darío, y el niño maltratado que lleva en él, decide escribir, podemos hablar de una victorial verbal que

invita a la revisión emocional del pasado, la culpabilidad surte un efecto extraño, ¡se convierte en un elemento vinculante! La dotación de contenido histórico a la propia peripecia salva al niño de lo impensable ya que le confiere un pasado pensado. (Cyrułnik 146)

Con la escritura esta ráfaga de violencias pasa desde la esfera privada del individuo (la angustia, la necesidad de auxilio) hasta el espacio de la memoria colectiva encarnada en la sociedad, o sea, en los lectores.

## Conclusiones

Las interacciones abusivas en la familia Saralear y el sistema de creencias que las justifican se organizan en torno a tres niveles de experiencia: las carencias relacionadas con las funciones maternas y paternas, los trastornos relacionados con la organización jerárquica de la familia y los desórdenes en los intercambios entre la familia y el entorno. El hecho de haber tenido un padre negligente, pasivo e indolente obstaculizó el buen proceso de apego emocional de Darío. Al imposibilitarle que estableciera vínculos sanos consigo mismo y con los demás, se transformó en un ser esquivo, desconfiado y condenado a perseguir procesos resilientes que le

proporcionarían un mínimo de experiencias de buenos tratos con adultos o con objetos cercanos.

*La espina* es un relato en el que la historia se escenifica con gran detalle y sin pausa ante un único espectador: el lector. Darío busca la redención y la expiación para probarse que no es un monstruo, sino un mártir. La escritura es la dignidad recobrada o, por lo menos, el inicio de ese proceso; representa simbólicamente dejar atrás los factores sociales negativos—familia monoparental, haber sido testigo y objeto de maltrato, falta de apoyo social— y los aspectos sociocognitivos —falta de autoestima, problemas en el procesamiento de la información, creencias negativas acerca de sus propias capacidades y de su hijo, empatía deficiente, angustia, depresión, ansiedad y temor a los demás— (Milner 61) que impidieron que Darío, durante cincuenta y cuatro años, se sacara las espinas clavadas en sus entrañas.

En casos como los que ejemplifica el protagonista de la novela, la falta de apoyo emocional y social dificulta la recuperación de la víctima y acentúa los riesgos de padecer trastorno de estrés postraumático. Poner en palabras sus traumas, heridas y tristezas hace que pase de víctima a ser una persona valiente, capaz de aguantar y salir adelante, a pesar de todo y de todos. Esta escritura de la memoria es, en este sentido, una liberación conseguida mediante la verbalización a la que muchas veces se negó Darío cuando lo maltrataban, lo humillaban o lo ignoraban.

La literatura, tanto a través de la lectura como de la escritura, tiene un poder resignificador y transformador de realidades que algunos ignoran. Así, una lectura conlleva una reflexión y esta, a su vez, altera la identidad de un sujeto para siempre. En cada lectura se puede producir una catarsis psicológico-fisiológica que, implícitamente, ayuda al individuo a socializar de mejor manera con sus semejantes. En este sentido, el arte es un promotor de bienestar social. En el caso que nos ocupa, la literatura no solo permite describir el maltrato, sino que, además, lo presenta subjetivamente. Por ello, esos personajes acompañarán al lector en su vida poniendo nombre a los individuos que violenten, maltraten o sean perniciosos. La literatura brinda así la posibilidad de ampliar la mirada sobre este problema humano que, al fin y al cabo, es un problema social que estalla en individualidades.

Esperamos que este artículo aporte un modesto grano de arena a la lucha contra el maltrato infantil. Ojalá que estas líneas contribuyan a sensibilizar al lector sobre esta problemática social y sean un incentivo para que la indignación se imponga a la cobardía y a la vergüenza de denunciar la violencia infantojuvenil.

#### OBRAS CITADAS

Androsoupoulou, Athena. “The self-characterization as a narrative tool: applications in their individuals and families”. *Family Process* 40 (2001): 79-94.

- Austin, John Langshaw. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós, 1998. Traducción de Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi.
- Bandura, Albert. *Social Learning Theory*. New York: General Learning Press, 1971.
- Barudy, Jorge. *El dolor invisible. Una concepción ecosistémica de la violencia*. Barcelona: Paidós, 1998.
- . *Maltrato Infantil. Ecología Social: Prevención y reparación*. Santiago de Chile: Galdoc, 2000.
- . “El papel de los profesores en el apoyo de los niños y niñas víctimas de malos tratos”. Texto de la conferencia leída en las primeras jornadas de trabajo sobre “El tratamiento familiar en situaciones de malos tratos y abuso en la infancia”. Mallorca, España. 22 y 23 de noviembre del 2001.
- Berkowitz, Leonard. *Agresión: causas, consecuencias y control*. Bilbao: Desclee de Brower, 1996.
- Bruder, Mónica. *Implicancias del cuento terapéutico en el bienestar psicológico y sus correlatos*. Tesis doctoral. Buenos Aires: Universidad de Palermo, 2004.
- . “El cuento terapéutico como favorecedor de la resiliencia. Una primera aproximación”. *Psicodebate* 6 (2005): 15-27.
- Carrión, Alejandro. *La espina*. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja, 2005.
- Corsi, Jorge. (comp.). “Una mirada abarcativa sobre el problema de la violencia familiar”. *Violencia familiar, Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*. Buenos Aires-México: Paidós, 1994. 15-63.
- . *Maltrato y abuso en el ámbito doméstico: fundamentos teóricos para el estudio de la violencia en las relaciones familiares*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Cyrułnik, Boris. *Los Patitos Feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Barcelona: Edisa, 2002.
- De salvo, Luis. *Writing as a way of healing*. San Francisco: Harper, 1999.
- Dorfam, Ariel. *Imaginación y violencia en América*. Santiago de Chile: Universitaria, 1970.
- Kohut, Karl. “Política, violencia y literatura”. *Anuario de estudios americanos* 59 (2002): 193-222.
- Lepore, Stephen y Smyth, Joshua. *The Writing Cure*. Washington. DC: American Psychological Association, 2002.
- Lukas, Elisabeth. *Logoterapia: la búsqueda de sentido*. Barcelona: Paidós, 2003.
- . *Equilibrio y curación a través de la logoterapia*. Barcelona: Paidós, 2004.
- Milner, Joel. “Factores de riesgo”. *Violencia contra niños*. Barcelona: Ariel, 2008. 45-64.
- Mira, Vicente. “Reflexiones en torno a la violencia infantil”. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* 1 (1981): 77-88.
- Penn, Peggy. “Chronic Illness: Trauma, language and writing. Breaking the silence”. *Family Process* 40 (2001): 33-52.
- Pennebaker, James y Beall, Sandra Klihr. “Confronting a traumatic event: Toward an understanding of inhibition and disease”. *Journal of Abnormal Psychology* 95 (1986): 274-81.

Pennebaker, James. *Opening Up. The Healing Power of Expressing Emotions*. New York: The Guilford Press, 1997.

Sanmartín Esplugues, José (coord.). *Violencia contra niños*. Barcelona: Ariel, 1999.